REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 10 DE OCTUBRE DE 1921 | Nº 6

SUMARIO:

CERVANTES, EMPERADOR

POR LUIS ARAQUISTAIN

Los señores editores de esta Revista [1], al invitarme amablemente a colaborar en ella, casi me imponen inconscientemente el tema de este primer artículo. Me dicen que uno de los propósitos de la publicación es que el idioma de Cervantes perdure y brille en esa isla. He aquí un grandioso tema que podría ser y debiera ser uno de los capítulos culminantes en una filosofía de la historia: la lucha por el idioma.

No podía venir con mayor oportunidad el requerimiento. Acabamos de festejar aquí, en España, el tercer centenario de la muerte de Cervantes, sincrónico del de la muerte de Shakespeare. Los españoles no sabemos aún lo que Cervantes significa en la historia de España. Es una especie de fuerza refleja: le celebramos porque el mundo entero le celebra; se trata de un caso de envanecimiento nacional parecido al del descendiente que se vanagloria de las hazañas de un antepasado, sin hacer lo más mínimo por mantenerse a su altura ni utilizarle como impulso o como vínculo para empresas propias. Es un eco, en vez de ser una voz viva y directa; es como una ola que trae una grata música del pasado y viene a morir a nuestras plantas en las playas del presente, en vez de ser una ola que nos llevase hacia el futuro. Cervantes da aquí, en España, la impresión de un producto genial que halaga a la raza que le creó, pero sin fuerza expansiva para empujarla a nuevas creaciones.

De esto no tiene la culpa Cervantes, sino los españoles que, por lo general, sólo le contemplamos como motivo de erudición y divagación literaria. Y es algo más que eso. Es nada menos que una de las pocas tablas de salvación histórica que le quedan a España. Cervantes está por descubrir como instrumento de política internacional. Puede decirse que el *Quijote* es, por ahora, el único programa de política internacional española. No se tome esto a exageración o a incongruencia. Basta, para comprobarlo, fijarse en lo que otros pueblos han hecho y hacen con sus héroes espirituales.



Según D. Juan de Jaurigui. Marco plataresco del Sr. José Prado Norniella.

Yo recuerdo con emoción las sociedades del Dante que los italianos han ido fundando por el mundo entero, singularmente en las Repúblicas americanas. La de Buenos Aires, que conocí durante mi residencia en la Argentina, es uno de los ejemplos mayores de cohesión que un pueblo puede ofrecer en torno de sus héroes espirituales. El Dante constituye para los italianos en el mundo entero como una bandera, como un puente entre el pasado y el futuro, como la razón de existir y persistir en la Historia. No es el espíritu de la vieja Roma el que les une y coordina, sino el Dante, la lengua que en él alcanza su máximo grado de expresión y riqueza espiritual. Hoy los pueblos tienden en último término a extender por el mundo el imperio de su lengua. La soberanía de la lengua es el triunfo político y económico, es también la victoria sobre el porvenir.

Pero nadie ha visto con tanta profundidad el valor de los genios de las lenguas como Carlyle en sus *Héroes y culto del héroe*, al estudiar a Shakespeare, al héroe como poeta. Dice de él: «No le venderíamos por el regimiento de los más altos dignatarios. Es lo más grande que hemos hecho. Por nuestro honor entre las naciones extranjeras, como ornamento en nuestro hogar británico, ¿qué cosa no entregaríamos antes que él? Considerad ahora si nos preguntasen: ¿Abandonaréis vuestro imperio indio o vuestro Shakespeare inglés? ¿Quisierais no haber tenido ningún imperio indio o no haber tenido nunca ningún Shakespeare? Realmente, sería una pregunta grave. Las gentes oficiales contestarían, sin duda, en un len-

[1] *Puerto Rico Ilustrado*, de San Juan de Puerto Rico, de donde transcribimos este artículo.

guaje oficial; pero nosotros, por nuestra parte, ¿no estaríamos obligados a responder: imperio indio o no imperio indio, no podemos quedarnos sin Shakespeare? De todos modos, el imperio indio se irá algún día; pero este Shakespeare no se va; se queda para siempre con nosotros; no podemos renunciar a Shakespeare»!

Lo que dice Carlyle de Shakespeare podemos repetir los españoles de Cervantes. Mejor dicho, podemos afirmar: Nuestro imperio no existe ya políticamente; las viejas colonias son independientes unidades políticas. Pero la unión no está aún totalmente rota. Un español va a América y halla allí la vida más semejante a España. Un americano viene a España y se encuentra aquí con una vida que en ninguna parte del mundo será tan parecida a la suya. No sólo por las costumbres, que forman como el ropaje de los pueblos. La razón es otra y más íntima: lo que les vincula es el idioma. El imperio español subsiste, espiritualizado, despojado de lo que en él había de violento y opresivo. Mejor que imperio sería decir que lo que queda es una federación ideal de pueblos. Y el presidente o emperador de esta federación sigue siendo Cervantes, un emperador por consenso democrático de todos sus súbditos, un emperador de origen popular.

Un idioma común es instrumento de paz. El mismo Carlyle lo indica en su ensayo sobre Shakespeare: «Inglaterra, antes de mucho, esta nuestra isla —dice— no dominará sino sobre una pequeña fracción del inglés; pero en América, en Nueva Holanda, al Este y Oeste de los mismos antípodas, habrá un reino de la lengua sajona que abarca grandes espacios del globo. Y bien, ¿qué es lo que puede unirlos a todos virtualmente en una nación, de suerte que no se separen y luchen, sino que vivan en paz, en fraterno intercambio, ayudándose unos a otros?» Shakespeare, responde Carlyle. Cervantes, decimos nosotros pensando en él como el símbolo de unión y paz de todos los pueblos de lengua española. Muchas veces las naciones se trenzan en guerra por no hablar el mismo idioma, por no entenderse bien, por interpretar torcidamente el pensamiento ajeno, por no poder hacer inequívocamente inteligible el propio. Dos pueblos que hablen la misma lengua arreglarán sus diferencias con mayores probabilidades que dos que estén separados por la muralla de un idioma distinto. De aquí la enorme importancia de que conserven el español los numerosos países que lo hablan, pues al hacerlo contribuyen a una política de concordia y mutua inteligencia. Cervantes es el mejor diplomático entre los pueblos que hablan su lengua, como lo es Shakespeare para los países de habla inglesa.

Pero no sólo desde un punto de vista práctico hay que velar por el idioma de origen. Todo idioma, aun el más pobre, el más rudimentario, es siempre un tesoro espiritual, un valioso documento en la historia del hombre. Con mayor razón lo será, por lo tanto, un idioma trabajado durante siglos, una lengua en la cual están escritas algunas de las obras más sustanciosas de la humanidad. Encontrarse al venir al mundo con un idioma como el español es una fortuna más grande de lo que a primera vista parece. Se dirá que tanto o mayor fortuna se tiene encontrándose con una lengua como la inglesa. Así es, en efecto; pero ocurre que un pueblo que ha venido hablando un idioma durante siglos, no puede cambiarlo por otro de la noche a la mañana. Se dan casos individuales de hombres que aprenden, hablan y escriben un idioma extranjero; más de un americano, por ejemplo, escribe obras literarias en francés; pero nunca con la fuerza, con esa energía íntima que sólo se halla en el idioma propio, en el que uno ha mamado, como suele decirse. Y en todo caso, son ejemplos aislados inaplicables a todo un pueblo. Un país no cambia de idioma sino al cabo de muchos años, de siglos. Y mientras dura ese proceso, su instrumento de expresión es bárbaro, inútil para ninguna alta obra del espíritu. Recuérdese lo ocurrido al descomponerse el latín, que era lengua apta para expresar las mayores sutilezas mentales: pasaron varios siglos antes de que el francés, el español y el italiano sirvieran para la creación de grandes obras espirituales.

Algo de esto, de este caos filológico, se observa también en algunas repúblicas americanas, las más favorecidas por la emigración europea no española. La mezcla de varios idiomas está engendrando un extraño producto disonante e inexpresivo. Desde luego, la evolución de las lenguas es algo inevitable, fatal: tienen que vivir absorviendo elementos extranjeros y segregando propios. Pero hay una gran diferencia entre dejar que el proceso evolutivo se desenvuelva arbitrariamente, con la indiferencia de un fenómeno natural, o dirigirlo discreta y sabiamente. Lo primero puede conducir a una absoluta desnaturalización del idioma; lo segundo, a su enriquecimiento.

Por todas estas razones es tan profunda y necesaria la tarea de conservar el idioma de Cervantes frente los asaltos de otras lenguas extranjeras. Y no sólo conservarlo, sino infundirle fuerza expansiva y utilizarle como instrumento federativo entre todos los pueblos que lo hablan. En la Universidad de Londres acaba de crearse una cátedra de Cervantes. Esta conquista pacífica en Europa, ¿no debe servir de ejemplo y estímulo para defender, también pacíficamente, los inmensos territorios americanos donde Cervantes es emperador del espíritu?

(*España*. Madrid).

España tiene que volver a descubrir América

POR FRANCISCO GRANDMONTAGNE

[Francisco Grandmontagne es un escritor español distinguido. Ha pasado mucho tiempo en la República Argentina. En la Península disfruta de gran estimación. No hace mucho Azorín y otros escritores y artistas de Madrid lo festejaron con una fiesta castiza, con una comida en la posada del Segoviano. Se leyeron entonces el discurso de Grandmontagne y las otras piezas que luego verá el curioso lector].

Amigos y cofrades:

En forma literaria, que a la suprema destreza de expresión une el vivo calor del espíritu, movido por el afecto a mi persona, digna, eso sí, de ser querida, pero no admirada, me ofrecéis un agasajo a la usanza clásica, en un mesón o aparador que ostenta en sus muros, cabríos y paredones, la venerable pátina de los recios siglos de Castilla; recios por su acción unificadora nacional, y más recios aun porque, desde esta meseta gloriosa, a manera de trampolín formidable, saltó la España toda sobre mares ignotos y nunca surcados para extravasar su espíritu y difundir su verbo por un continente inmensurable. Obra archiestupenda, amigos míos, que nos salva, en la consideración del mundo, de todas las decadencias en que pudiera sumirnos el más aciago destino.

Considerada así esta obra, ¿cómo queréis que yo incurra en la irreverencia de aceptar el título de embajador intelectual en América, o Adelantado Mayor, como reza la invitación, trazada en una prosa de oro puro, para que sea más patente la evocación de las Indias?

Hace siglos se definió la vanidad como una lente de aumento. Por muy propenso que yo fuera a suponerme agigantado, nunca caería en la locura —no conozco otra mayor—de apelar a

un anteojo de tal calibre para ver encarnada en tan corta mentalidad como la mía la representación intelectual de España en los pueblos del Nuevo Mundo.

Os habéis excedido, amigos míos, en términos para mí abrumadores. Entre los que han tomado una parte activa en este acto, maestros todos de la palabra, hay uno que se distingue por su carácter adverso a las amplificaciones, por la sobriedad y la justeza, cuya técnica literaria es como la raya del diamante sobre el cristal. ¿Cómo este hombre grave y ponderado no ha contenido en él y en los demás compañeros los impulsos generosos hacia mi persona, ajustándolos a ese admirable sentido de la medida en que nos alecciona a todos diariamente? A él, que tanto admira a Montaigne, debo recordarle este concepto del filósofo francés: «El arquero que sobrepasa el blanco comete igual falta que el que no le alcanza». Y a los otros queridos amigos, que en versos de alto ritmo y prosa de intensa belleza han puesto sus talentos al servicio de hacerme feliz, obligando eternamente mi gratitud, he de recordarles igualmente este oportuno consejo de Cicerón: «Es prudente detener, como en la carrera, los arranques sobrado fogosos de la amistad».

Esta fogosidad os pone ante el país en grave aprieto. Porque siendo axiomático que la inteligencia de los admiradores se mide por la del admirado, de aquí en adelante estáis perdidos en la consideración de las gentes. Y yo, que soy ante todo un sujeto honrado, incapaz de causar perjuicios a nadie, declaro solemnemente — aunque soy hombre poco solemne—que no es la admiración, sino el cariño, lo que os ha inducido a congregaros en torno mío en este mesón. El corazón, según dictamen de Quintiliano, engendra la elocuencia. Y así, acepto, rendido de agradecimiento, lo que en vosotros procede de una cordialidad efusiva, aquello que emana de vuestros corazones; pero he de rechazar, por hiperbólicos, los conceptos procedentes de vuestro juicio al atribuir trascendencia a una obra que yo considero harto canija, enteca y desmedrada.

Algo quisiera deciros ahora de América con relación a España. Pero ni la vastedad del tema, ni la ocasión, ni mi estado de ánimo se prestan a ello. Jornalero de la pluma— y no artista de ella, como vuestra bondad me supone—, no han de faltar oportunidades de continuar exponiendo en gacetas y diarios este problema vital para nuestro país, así en el orden histórico y espiritual como en cuanto atañe a las actividades económicas.

Con todo, he de insinuar de una manera ceñida y sintética los aspectos principales del vasto asunto.

Influencia espiritual

A toda Inglaterra le es familiar la vida de los Estados Unidos. A todo Portugal le es familiar la vida del Brasil. En España, a casi nadie le es familiar la vida americana. No sólo se carece aquí de conocimiento de aquellos pueblos, de su evolución progresiva, de sus problemas políticos, del auge de su riqueza; falta igualmente la emoción histórica, el sentimiento, siquiera, de la unidad de lengua. España, en su conjunto, ni sabe nada ni siente nada con relación a América, digan lo que quieran los «macaneadores» oficiales de la confraternidad. Y menos aun que el pueblo saben y sienten los rábulas boquirrotos que dirigen el Estado español, que viene a ser como un «dreadnought» entregado en manos de grumetes.

Para ejercer influencia espiritual, lo primero es tener espíritu. Y la España actual carece de espíritu trasmisible. No se presta lo que no se tiene. América es un conjunto de pueblos abiertos a todas las influencias del mundo. Su falta de tradiciones seculares les coloca en condiciones de asimilarse lo mejor, que no procede, desgraciadamente, de nosotros...

Existe una disparidad enorme entre la índole estrecha, recogida, de nuestra producción intelectual y nuestra colosal expansión idiomática. Los motivos de nuestra literatura son exclusivamente peninsulares, menos aun, madrileños. Y aunque sea mucho el arte puesto en tales motivos, no es ello suficiente para interesar a veinte pueblos que tienen otro género de preocupaciones.

En el orden estético, América es afrancesada, como nosotros mismos. En el aspecto político—que es la verdadera actividad intelectual de los pueblos iberoamericanos—, la mayor influencia es ejercida por las instituciones del flexible federalismo norteamericano.

Aquí he de hacer una observación susceptible de infinito desarrollo. Castilla trasmitió a América lo que en ella moría: las instituciones municipales, aplastadas por Carlos V, de maldita memoria. Estas instituciones, muertas con los comuneros, revivieron en América en forma de cabildos, en los cuales se tramó luego la independencia de todo el continente. De manera que Castilla, para ser grande en todo, dió a los nuevos pueblos lo que ella perdía, siendo sus leyes, al cabo de los tiempos, el germen que había de producir la justa libertad de toda América. Este fenómeno histórico ha interesado siempre mucho más a los historiadores americanos que a los peninsulares.

La influencia económica

Cada vez que se habla de relaciones económicas hispanoamericanas, se produce cierta confusión que conviene aclarar. Una cosa es España y otra muy distinta las colonias españolas radicadas en los distintos países de América. Los españoles que constituyen las colonias se han formado por sí mismos, sin auxilio ni casi relación alguna con España. Aquellas colonias representan una fuerza mercantil enorme; en sus manos se halla gran parte de la propiedad raíz y semoviente; comerciando con toda Europa, y sólo de un modo insignificante con España, han logrado extraordinaria prosperidad. Así, pues, las colonias españolas tienen una fuerte representación económica, adquirida en la lucha cosmopolita; pero España, la Península, apenas tiene representación. Bastará un dato demostrativo. Solamente en la Argentina, el capital europeo colocado en ferrocarriles, tranvías, luz, Deuda pública, hipotecas, etcétera, excede de veinte mil millones de francos oro. España, la descubridora del continente, no tiene allí una sola peseta. Estos veinte mil millones constituyen para Inglaterra, Francia, Alemania y Bélgica un motivo de conocimiento del país mayor que el de nuestra vinculación lingüística. El dinero induce con más fuerza a la investigación que la lengua.

Otro punto. Al hablar de hispanoamericanismo, nuestros industriales peninsulares sueñan con tratados de comercio en forma de tarifas arancelarias de favor. Esta quimera conviene disiparla. Las plazas comerciales americanas serán siempre canchas abiertas a la

competencia universal. Nuestra exportación tiene que afirmarse en estas dos bases: en el progreso industrial aquí, en la Península, y en el enorme personal vendedor que allí tenemos, en los españoles de América, que trabajan con artículos europeos por no ofrecerles España manufacturas en condiciones de concurrir a los mercados americanos.

Una vez, D. Segismundo Moret, queriendo hacerme la apología de la ingénita listeza española, me contaba la siguiente anécdota: Delante del Marqués de Salamanca, el embajador de Inglaterra en Madrid elogiaba a un inglés, un hombre de presa, una especie de Carnegie, que había realizado en los Estados Unidos una cuantiosa fortuna. Con gran viveza, Salamanca dijo al embajador: «Que nos dejen a ese inglés y a mí solos y desnudos en las costas de Africa, y ya veremos quién se viste primero».

—¡Ay, señor Moret!—le dije yo—. Reconozco que los españoles somos muy listos; pero esa historieta tiene una premisa falsa. El inglés no va desnudo a ninguna parte. Detrás de él hay un Estado fuerte, unos políticos cultos, una industria hábil, un comercio poderoso, una banca organizada. Detrás del inglés, en las costas de Africa, está Inglaterra. Detrás del español en el Rif, no hay industria, ni comercio, ni banca, ni nación, ni nada. Inglaterra sigue al inglés hasta el fin del mundo. España pierde de vista al español en cuanto se separa de sus costas. ¡La Magdalena te guíe! Detrás de Salamanca no había más que un Cánovas.

A don «Segis» se le tornaron un poco más lacios y caídos los bigotes; me puso la mano en el hombro y me miró tristemente.

—Es verdad, es verdad—me dijo.

Aglutinación de la España sedentaria y de la España rodante

Todas las materias manufacturadas que Europa envía a los países americanos pasan por manos españolas. Calculad lo que podría representar para España este numeroso, ágil y despierto personal vendedor si empleara su esfuerzo en difundir productos de nuestro país. Pero ¿cómo dedicarse a vender artículos peninsulares si éstos, por deficiencias de elaboración, no pueden competir con los similares europeos? Necesario es, además, organizar en España el crédito, una poderosa banca al servicio de la exportación. Los españoles emigrados hallan crédito en toda Europa. Un indiano se forma con los artículos que le fíen los industriales franceses, ingleses, alemanes y belgas. Sólo en España se quiere vender al contado. El que puede comprar al contado no emigra. Todos los que hemos emigrado lo hicimos por falta de dinero. Nuestros industriales parece que desconociesen este hecho tan elemental y tan simple.

La obra de gobierno más urgente estriba en aglutinar, en engarzar la España rodante por América con la España sedentaria; en unir el esfuerzo de los emigrados a las actividades industriales de la Península; en asociar ambas energías, por utilidad propia y en servicio de la patria; en procurar que los españoles de América, en vez de ser útiles a los fabricantes de toda Europa, sean los difundidores de nuestras manufacturas, atrayendo a España la enorme riqueza que la actividad comercial de las colonias españolas produce a otros países europeos. Pero, vuelvo a repetirlo, pues quisiera que mi estilo fuera un martillo incrustador; nada podrán realizar los españoles de América mientras nuestras industrias peninsulares no salgan de su marasmo, de su obcecación en el mercado interno, modificando sus métodos de producción. Colocadas nuestras fábricas en condiciones de competencia, yo os juro que las colonias españolas de América nos harán dueños de todos los mercados del continente, desalojando la producción similar europea.

Vosotros, ágiles escritores, tenéis la obligación de colaborar en esta obra. He rechazado vuestros elogios hiperbólicos, fruto de la simpatía. Pero, para demostraros que no soy un hipócrita de la modestia, un afectado de la humildad, he de adjudicarme un aplauso que creo merecer. Yo no tengo afición alguna a las arideces de la economía. Si la hubiese tenido, sería hoy millonario. Siempre me dediqué a obras de imaginación, a especulaciones abstractas, problemas de estilo, novelas, ensayos, vaga y amena literatura. Sin embargo, al retornar a España hace veinte años, me impuse la obligación patriótica de estudiar estos asuntos, poniendo al servicio de la producción española mis pequeñas aptitudes de narrador literario. Yo, que en el orden artístico tanto tengo que imitar de vosotros, os pido que me imitéis en este punto, alternando con el cultivo de las musas, amplias informaciones sobre lo que España, en el aspecto económico, puede realizar en América. Procuremos allegar riqueza a la patria. Yo bien se que la posesión es siempre individual; sé que los ricos, como dice Quevedo, lo son porque «dan en no dar». No importa; haya riqueza en España, que ella alcanzará también para premiar mejor las obras espirituales.

España tiene que redescubrir a América, volver a descubrirla, porque no la conoce. Incumbe a los intelectuales españoles ejercer de nuevos Colones. Tenemos que envolver el alma de España en la emoción americana. Sólo así seremos dignos del legado colosal de nuestros antepasados.

No soy pesimista. Creo en el resurgimiento de España; creo que un día le será familiar su mundo parlante, como a Inglaterra y a Portugal les son familiares los suyos. Saldrá España del atolladero de su decadencia. Estoy convencido de la solidez de estas palabras de Montaigne: «La conservación de los Estados es cosa que excede las luces de nuestra inteligencia; son los pueblos, como Platón sienta, fuerzas poderosas y de difícil disolución; persisten a veces minados por enfermedades mortales e intestinas, por la injuria de injustas leyes, por la tiranía, por el desbordamiento y la ignorancia de los magistrados, por la licencia y la sedición de las masas. Pero no cae todo lo que se conmueve. La contextura de tan gran cuerpo social se sostiene por más de una tachuela; la senectud misma impide su derrumbamiento, como el de los viejos edificios, a los cuales la edad quitó la base, que se ven, sin revoque ni argamasa, sostenerse y vivir por su propio peso».

Amigos míos, caros cofrades: Levantemos en brindis estos jarros de

Castilla, imitación de aquellos en que bebieron, antes de partir a completar el conocimiento de la esfera terrestre, los aventureros más estupendos que produjo la humanidad. A Catón se le reprochó alguna vez su cualidad de buen bebedor. El padre Horacio le justifica diciendo que «el vino enardecía su virtud». Enardezca la nuestra el respe de este mosto castellano. Y ya que tan graciosamente me consideráis embajador de vuestros altos espíritus, con asiento en la Argentina, la hermosa y pujante, brindemos por ella y por todo el continente dónde impera y perdurará por todos los siglos la robusta lengua de Castilla.

He dicho.

(El Sol. Madrid).

Dos notables adhesiones

Se recibieron de toda España numerosas adhesiones. Entre ellas queremos destacar dos que tienen especial interés.

La del gran D. Santiago Ramón y Cajal, dice:

«Achaques de la edad me impiden asistir al banquete castizo ofrendado por ustedes al insigne maestro Grandmontagne, en quien admiro y celebro, no sólo el ingenio y cultura insuperables, sino el patriotismo enérgico, sincero y viril en contraste con el patriotismo muelle, frío e interesado de la mayoría de nuestros políticos.

Deplorando no poder estrechar las manos del fuerte e intrépido abanderado de la cultura y del habla española en América, le saluda a usted afectuosamente, así como a todos los ilustres asistentes al banquete, *Santiago Ramón y Cajal*».

Pío Baroja, desde su melancólico rincón del Bidasoa, dice en un telegrama:

«Vera del Bidasoa.—Tengo cerca de casa, amigo *Azorín*, un arroyo que mis vecinos desprecian y ensucian, y que yo limpio siempre que puedo. El contemplar esa vena de agua que viene del monte sin impurezas, me regocija. Lo mismo en la vida espiritual: quisiera ver las corrientes de la cultura claras y diáfanas.

A todos los que trabajan en purificar esas aguas de los detritus de nuestra sociedad, turbia y plutocrática; a todos los que hacen de esa obra una religión de probidad y sacrificio; a todos ellos, va mi adhesión incondicional.—*Pío Baroja*».

En la fiesta de Grandmontagne

I

Cuenta la historia que un día,
buscando mejor España,
Grandmontagne se partía,
de una tierra de montaña,
de una tierra
de agria sierra...
¿Cuál? No sé. ¿La serranía
de Burgos? ¿El Pirineo?
¿Urbión donde Duero nace?
Averiguadlo.
Yo veo
un prado en que el negro toro
reposa y la oveja pace,
entre ginestas de oro;
y unos altos verdes pinos;
más arriba, peña y peña,
y un rubio mozo que sueña
con caminos,
en el aire, de cigüeña
entre montes, de merinos,
con rebaños trashumantes
y vapores de emigrantes
de pueblos ultramarinos.

II

Grandmontagne saludaba
a los suyos en la popa
de un barco que se alejaba
del triste rabo de Europa.
Tras de mucho devorar
caminos del mar profundo,
vió las estrellas brillar
sobre la panza del mundo.
Arribado a un ancho estuario
dió en la argentina Babel.
El llevaba un diccionario
y siempre leía en él.
Era su devocionario.
Y en la ciudad, no en el hampa
y en la pampa,
hizo su propia conquista.
El cronista
de dos mundos, bajo el sol
el duro pan se ganaba,
y, de noche, fabricaba
su magnífico español.
La faena trabajosa
y la mar y la llanura,
caminata o ingladura
siempre larga
diéronle para su prosa
viento recio, sal amarga
y la amplia línea armoniosa
del horizonte lejano.
Llevó del monte dureza,
calma le dió el oceano,
y grandeza;
y de un pueblo americano
donde florece la hombría
nos trae la fe y la alegría.
que ha perdido el castellano.

III

En este remolino de España, rompeolas
de las cuarenta y nueve provincias españolas,
Madrid del cucañista, Madrid del pretendiente,
y un mesón antiguo, y entre la poca gente
¡tan poca! sin librea, que sufre y que trabaja,
y aun corta solamente su pan con su navaja,
por Grandmontagne alcemos la copa.
Al suelo indiano,
ungido de las letras embajador hispano,
«ayant pour tout laquais votre ombre seulement»,
os vais, buen caballero; que Dios os de su mano,
que el mar y el cielo os sean propicios, capitán.

A. Machado

POETAS DE CHILE

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA

POEMAS

MOMENTO MELODIOSO

Eres sobre mi vida
una suave canción de ojos azules.
Nunca sabrás que soy como una llama
que besa agudamente tus cabellos.
En mi silencio quedarás dormida
clara y azul como un jazmín de oro.
Suavizaré todo rumor del mundo
para que tengas el perfil sereno
en el espejo turbio de mi vida.
¡Pasarás como un canto
que va en puntillas para no morir!

LA ORACION TUYA

Por tus ojos tranquilos
bendigo la tristeza de ser puro.
Sobre la sangre melodiosa y suave
tengo una paz de cabellera blanca.

En el perfume de la tierra húmeda
te aspiro en un sollozo, tristemente.
Tus ojos y tus manos se despiden
de la tarde del mundo. Tus cabellos
son una red tendida en el ambiente.
En esa red mi corazón respira.

Por tus ojos tranquilos
como la sombra fina de los árboles
sé que la muerte me será benigna.
¿Y qué virtud te dí?

Sólo mis lágrimas
y el pálido silencio de mi rostro.
Sobre tus manos albas
dejara el mundo ¿quieres la doliente
cabeza del Bautista? Tu mirada
por los turbios senderos me persigue.
¡Por qué no moriría cuando niño!

Su libro «Las Manos Juntas» lo consagró como uno de los buenos poetas de nuestro continente. Es un libro altamente original, tenue, doloroso, desorientado. En Chile el «modo lírico» de Cruchaga era enteramente desconocido. Su verso libre es lo más liviano, lo más alado que yo haya leído en lengua castellana. Sus poemas acusan un poderoso esfuerzo cerebral y la emoción en ellos, algo tan vivo que muchas veces producen un dolor casi material. Es un amador de la quietud bucólica; ha penetrado el alma de las cosas; comulga con Tomás de Kempis:

*«Sabiduría de Tomás Kempis
mi corazón sumerjo en tu silencio,
con el lento y enorme regocijo
del agua en un estanque abandonado».*

Después de «Las Manos Juntas» ha anunciado otro libro «La Ciudad Invisible» que para mí no es otra cosa que aquel mundo interno donde nos aconsejaba vivir el pobre Oscar Wilde. En este libro, hay la misma dulzura melancólica, la misma saudade crepuscular; nostalgia de islas fragantes, de mares tranquilos, de cosas celestes y frágiles. El ya lo ha definido en estos dos versos:

*«Sobre mi languidez de príncipe bizantino
vuelca el ánfora griega de tus ojos celestes».*

En estos últimos poemas encuentro figuras magistrales v. gr.: «¡Pobre mi corazón que está llorando y hasta mi Dios se va como una ola!» «Tiembla tu cabellera en la amargada luz del corazón». «El molino es un loco que va a romper el cielo». «¿En qué árbol tranquilo reclinaré como una lira el alma?» «Y extendí el alma como los lebreles». «Tu voz que parecía una pestaña cubriendo las aristas de mis ojos». «Por el mar negro como un remo se va el corazón».

Angel Cruchaga Santa María no tiene todavía treinta años. Si amplía el círculo de su visión y si se desatiende de las atracciones del «creacionismo romántico» que ha puesto en boga Vicente Huidobro, llegará a ser el primer poeta de su generación.

Ha colaborado en «Cervantes», Nosotros», «Los Diez», etc.

Y... «es suya el alba de oro».

ARTURO TORRES RIOSECO
University of Minnesota

LA FRAGANCIA TENAZ

Esta fragancia tuya se volvió sufrimiento.
En ella vivo, como en un claro lamento.

Para sentirla más los ojos he cerrado.
El mundo está en mi sangre trémulo y abis-
[mado.

En cada monte busco las alas del Señor
para sentirme digno de este callado amor.

¡Qué sonrisa de niño podrá hacerme más
[puro
que la mirada tuya que me lleva al futuro!

Viviré con los ojos en tu añoranza fijos.
Por ti mañana, acaso serán tristes mis hijos.

LA TARDE FRAGANTE

Mi ténue corazón va de puntillas
sobre la lumbre de los campos yermos.
La tarde tiene manos amarillas;
parece un hospital lleno de enfermos.

Melancolía de las sendas grises
—venas de ilusión sobre una huesa.
¿Cuándo seremos, corazón, felices?
¿Sólo tiene hermosura la tristeza?

Tarde. Jazminez. Sones de campana.
Es un dolor la evocación cristiana.
¿Llegará el día de la penitencia?
Encima de los árboles fragantes
se elevan como abejas los instantes.
Y el corazón es un panal de esencia.

NOTICIARIO

TRADUCIDOS del REPERTORIO AMERICANO Nº 22, tomo II, aparecen los *Poemas de la madre*, de Gabriela Mistral, en la edición inglesa de *Inter-América*, Nueva York, Vol. IV, Nº 6.

*

GERARDO Díaz es uno de los estimables poetas nuevos de Guatemala. Acaba de publicar su primer tomo de versos; titúlase *Lagunas Taciturnas*. Quezaltenango, 1921. Tres partes componen el tomo: Cantos sagrados, En los Jardines de Eros, y Vida interior. La última parte, «la más onda y sujestiva donde se abre el paréntisi de mi vida incierta y dolorosa»—nos confiesa el autor—. En la primera parte es el poeta eglógico, como más nos place. Hemos señalado lindas piezas en el tomo y se las daremos a los lectores del REPERTORIO en una de las próximas ediciones.

Los que llegan

INQUIETUD

Me inquieta el porvenir, desearía desentrañar los secretos del futuro; el mañana es una esfinge que encierra los secretos de nuestra vida; quisiera materializar mi imaginación y convertirla en una llave que tuviera el poder de abrir a los escrutadores ojos de mi espíritu la senda ignorada del futuro; y, así, tal vez, prepararía mi alma para que comulgase con un nuevo dolor, o limpiaría mi corazón para que de nuevo experimentase las sensaciones de una dicha, de una alegría...

CARLOS Mª QUESADA

Don Bartolomé Mitre, español

Por MIGUEL DE UNAMUNO

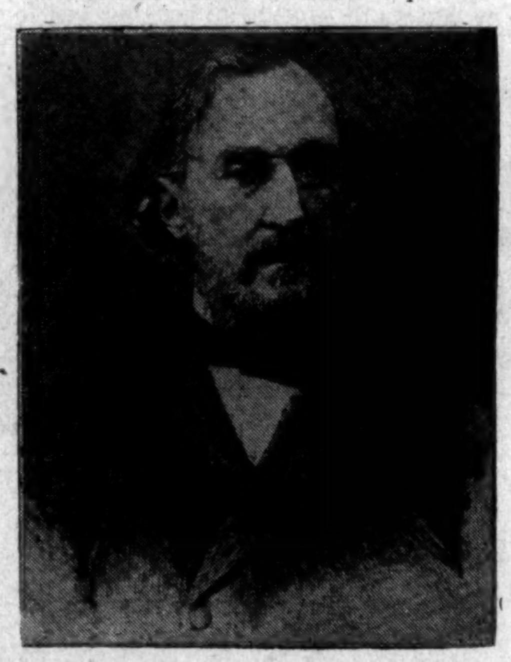
La figura del general Mitre desde el punto de vista de España? Ni el que estas líneas traza podía dar una impresión—que no juicio—de la obra cultural de D. Bartolomé Mitre y Martínez sino contemplándola desde un punto de vista español. Quisiéralo o no, a sabiendas o sin saberlo. Que como Mitre mismo apenas si ha salido de tierra en que se piense, y, por lo tanto, se sienta, en lengua española. Pero esta impresión—no juicio, repetimos,—sobre el espíritu de la labor histórica del gran repúblico republicano argentino se va a trazar desde la nación española y no desde el Reino de España y tampoco por un súbdito de éste, sino por un español. Y a buen entendedor basta.

No tenemos por qué hablar de la política de Mitre, que no tuvo en lo internacional que rozarse con lo de España. Pero por simbólico sincronismo histórico y espiritual Mitre dejaba la presidencia de la república de su patria en vísperas de la revolución de setiembre de 1868, la que echó del trono de España a la hija del rey, en cuyo tiempo se cumplió la emancipación de la América española y a quien tan justamente juzgó Mitre. Y si con alguno de nuestros hombres representativos, sus contemporáneos, hubiéramos de compararle, sería con nuestro gran tribuno D. Emilio Castelar, historiador como él aunque no soldado también.

Ni de sus relaciones literarias con España podemos decir mucho. Tenía ya 68 años, en 1889, cuando «La Ilustración Artística» de Barcelona se lamentaba de lo poco que aquí se le conocía, en gran parte por no haber visitado esta tierra de sus abuelos, y un año después le nombraba correspondiente la Real Academia Española de la Lengua. Lo de siempre.

Ni hemos de traer a cuento sus juicios sobre España y los españoles, que en espíritu tan ponderado, ecuánime y sereno habrían de ser siempre discretos y nobles y justicieros. Cierto que no pudo esquivarse a ciertos tópicos más de expresión que de concepto, como aquel de llamar a España alguna vez «madrastra», pero véase cómo lo hace: «Los americanos, revolucionarios de raza en presencia de la madrastra España, eran ante todo españoles de corazón en presencia de los enemigos extraños de la madre patria», etc. («Historia de San Martín», Cap. II, 11).

Su enjuiciamiento y sentencia de la obra de la emancipación sudamericana, tal como aparece en sus obras y singularmente en su «Historia de San Martín»—a la que van a referirse las citas subsiguientes,—son una sentencia y enjuiciamiento genuinamente españoles, de lo más hondo del sentimiento popular, y liberal, español. Véase: «La España, que en verdad concedió a la América todo lo que ella tenía y dió a sus colonos, por efecto de la lejanía tal vez más libertad y más franquicias municipales que gozaban sus propios hijos en su territorio, jamás adoptó ni pensó adoptar una política que refundiese a las colonias en la comunidad nacional, y precisamente porque tenía un gobierno absoluto no podía hacerlo aun cuando lo hubiese querido



DON BARTOLOMÉ MITRE

o hubiese sido capaz de pensarlo» (Cap. I, 11). Pasaje capitalísimo. Porque muerto por suerte fatídica el príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, la obra de la conquista y colonización de América fué, más que del pueblo español, de dinastías de espíritu extranjero, Hapsburgos primero, Borbones después y reyes absolutos siempre.

Fueron las guerras de las independencias americanas verdaderas guerras civiles y parte de nuestra guerra aquí de la independencia, de la revolución española contra la abyección de su soberano. Y esto lo reconoció como el que más, y con más clara visión, Mitre. Y podríamos multiplicar los textos del gran historiador político en que éste reconoce tal verdad. Que él vió bien claro que la metrópoli fué, tanto como sus colonias, víctima del sistema de la monarquía absoluta, y él supo hacer justicia al generoso cuanto infortunado liberalismo español, culpado aquí siempre, hasta en 1898, de filibusterismo.

Mitre supo ver la influencia que, por repercusión, ejerció la emancipación sudamericana en el espíritu liberal y democrático de España, y hay una gran verdad en aquellas sus palabras de que «el divorcio entre las colonias y la madre patria se efectuó en el momento crítico en que el abrazo que las unía las sofocaba recíprocamente, y separándose se salvaron» (I, 13). En el párrafo 1, del cap. XXIV se lee un juicio sereno y hondo sobre la España liberal, la que sintió que «la unidad despótica era incompatible con el régimen representativo y con la igualdad de los ciudadanos en la vida política», y en ese mismo párrafo se juzga a la verdadera española la obra del coronel D. Rafael del Riego, el que en su grito del 1º de enero de 1820, en Cabezas de San Juan, abrió «la era de la libertad para su patria a la vez que cerraba el período de la guerra de la América con su antigua metrópoli».

Para Mitre, a leerle atentamente, la independencia de la América española fué, más que un fin en sí, un medio; un medio de que surgiera «un nuevo mundo republicano» (I, 1). Llega a decir que «la idea innata de la república democrática estaba en las cosas mismas, en el organismo de todos y de cada uno» (XII, 5), y hay que leer sus atinadísimos juicios sobre los monarquizantes, más o menos vergonzosos, que había por entonces en esas tierras. El historiador Mitre fué un gran patriota de su patria, la República Argentina, porque fué un gran republicano—como aquí lo fuera Castelar,—pero también por eso fué un genuino y castizo español de la máxima España espiritual, de la vieja cepa popular y liberal, a la que nada ha conseguido ahogar. «Un rey absoluto, y por lo común imbécil, era el único punto de contacto, más bien que de unión, entre el mundo explotado, y la nación explotadora», (I, 11). ¡Pero no! la nación española no explotaba nada, sino que era a su vez explotada por el patrimonio dinástico.

Y Mitre supo descubrir por debajo de esa dura costra del despotismo dinástico el alma misma del pueblo español, el «individualismo ibérico». «Para el efecto bastó que el hombre dejara en Europa su cargo de servidumbres seculares, se transportase a otro continente vacante, y entregado a su espontaneidad rehiciese su propio destino, prevaleciendo sus instintos sanos y conservadores en la lucha por la vida», (I, 3). «Así vemos que la

colonización hispano-americana desde sus orígenes entrañaba el principio del individualismo y el instinto de la independencia», etc., (I, 8). «Los colonos españoles... trajeron ciertos gérmenes de individualismo y una tendencia rebelde que con el tiempo debía convertirse en anhelo de independencia y de igualdad», (I, 14). Mitre vió muy claro que «la libertad republicana», que en la América del Sur se desembarazó del yugo del despotismo dinástico de los Borbones asentados en España, era una libertad castizamente española e hija del individualismo ibérico.

Sólo que este individualismo aquí en la vieja España patrimonial, dió ya desde tiempo de los Austrias, de los Hapsburgos, el pesimismo quijotesco. Porque la filosofía quijotesca es fundamentalmente pesimista. Y esto lo sintió el mismo Mitre, republicano y optimista, al encontrarse ante la figura tan quijotesca de Simón Bolívar y tener que encararla. Mitre, el gran optimista—recuérdese su discurso a la manifestación popular el 26 de junio de 1901, cuando cumplió sus 80 años, —vió la tragedia del destino de los emancipadores de acción y pensamiento de la América Meridional (y, el Epílogo, cap. LI, 2). Y hasta una vez, al contarnos cómo San Martín «era presa del hastío de la vida», antes de cumplir los 40 años nos dice cómo ello «marca el más alto nivel del hombre moral» (XVI, 11). Pero es que San Martín, educado en la España de los Borbones bajo el despotismo dinástico, respiraba, como Bolívar, la tradición del pesimismo quijotesco español, mientras que Mitre, nacido y criado en el seno de un pueblo emancipado ya, pudo a sus ochenta años pronunciar aquella frase religiosísima de «estamos en paz con el mundo todo y con nosotros mismos», frase que no podemos hacer nuestra, porque nosotros, los españoles de aquí, los arraigados en el viejo solar de la casta, en los páramos de don Quijote, no vivimos en paz con nosotros mismos. Acaso habríamos alcanzado esa paz con nosotros mismos si la obra de la emancipación se hubiera aquí cumplido como se cumplió ahí.

Mucho más podríamos decir a este respecto del quijotismo, pero tenemos que cerrar estas impresiones. Ahora que hay quien habla aquí de reconquistar (!!!) la América de lengua española, y lo dice en nombre del viejo espíritu de que ella se emancipó, y cuando la nación española no se ha reconquistado todavía a sí misma, conviene contemplar en qué consistió la profunda españolidad, liberal y republicana y democrática, del gran patriota argentino y honra perenne de las comunes letras españolas y del pensamiento ibérico, don Bartolemé Mitre y Martínez.

Salamanca, mayo de 1921.

(*La Prensa*. Nueva York).

LA FIESTA DE LA RAZA

Por MANUEL SÁENZ CORDERO

Es de allá de España de donde nos piden a todos los de América que no callemos en este día. Y si España así lo quiere, ¿por qué no complacerla? Por qué no renovar anual y perpetuamente el tesoro de recuerdos que nos trae a la memoria el aniversario de una fecha gloriosa que marcó época, no sólo en sus destinos y en los de nuestra América, sino en los del mundo entero? Tienen estos cumpleaños, lo mismo para la razas que para los individuos, la virtud extraordinaria de provocar una mirada retrospectiva y en consecuencia, una liquidación moral de cuentas.

Debe ser por eso que España quiere que los representantes espirituales de más de sesenta millones de seres de habla castellana, a quienes los viejos pendones de León y de Castilla cobijaron bajo sus pliegues, promuevan, cada uno en la medida de sus capacidades, el festival de la raza; y que los niños, nuestros niños, vivan y crezcan en el ejercicio de estas prácticas saludables, que robustecen y ensanchan las simpatías de pueblos y de continentes, que por tener un idioma común, están mejor preparados para comunicarse y entenderse, que al tener un pasado común, se complacen en recordarlo y comentarlo al calor solariego de la lumbre, que robustecen su espíritu con el ejemplo de sus mayores, y así, sin quererlo y sin sentirlo, modelan en esos patrones su voluntad de ser como ellos y de revivir con sus hechos su pasado.

Es por esto que los festejos que en este día se celebran entre nosotros, no son un simple retozo de nuestra voluntad placentera, sino una fiesta superior del espíritu hispánico, que va tomando fuerza a nuestros ojos, a medida que el tiempo pasa y nuestros sentidos se perfeccionan; y que al someterse a las leyes inmutables que hasta ahora se escaparon a nuestra penetración, reacciona sobre las fuerzas colectivas de la raza para que cumpla, como antaño, en forma eficiente, sus futuros destinos.

Es un axioma ya en la sociología moderna que las agrupaciones étnicas como la nuestra, deben tener, tienen que tener, una razón superior de ser, como los astros y las constelaciones enfilados en vía láctea; que para convenir en ello basta recordar la obra exclusivamente española realizada en los siglos que fueron, y el aporte de recias energías y de iniciativas estupendas incorporado a la obra colectiva de la civilización. Si no estuviera la historia pletórica de ejemplos, sería necesario suponerlos; pero todos sabemos que hay una tradición española de heroísmo y bizarría, porque es característica de España esto de los caracteres fuertes, del culto al valor y del homenaje a los ideales.

Por eso es la tierra de los Grandes Capitanes y de los soldados indomables, de los legisladores sesudos y de los reyes sabios, de los artistas geniales y de los poetas incomparables; que coronando el marco de aquel cuadro refulgente, vive y perdura como fuerza creadora de entusiasmos y energías la epopeya gigantesca de descubrir y colonizar un mundo, que trajo al acerbo de todos los conocimientos de aquel siglo, de todos los prejuicios y las supersticiones de aquella época, el mensaje de una ciencia nueva y el triunfo de aquella fe de España en Dios, que sigue siendo fuente inagotable de civilización.

Es que aquellos conquistadores no se formaron del acaso, sino que fueron

el fruto de una época heroica de locuras y sacrificios, que al cumplirse fatalmente, modeló aquellos tipos férreos que América necesitaba. He aquí, por qué España es una prolongación de nuestra América. Borradla del recuerdo y América quedará mutilada; porque Ella como la Patria, no es sólo lo que es, sino lo que fué y lo que está llamada a ser, y nuestro pasado, nuestro gran pasado, es español, y vive en España. Allá están todas nuestras reliquias amadas y todas las fuentes de nuestra propia cultura: aquella Granada de los Reyes Moros, la Explanada y el Convento de la Rábida, los mandobles de Cortés y de Pizarro, los manuscritos de los maestros de la oda, la églogla y la elocuencia hispánicas, y siempre simbólico, errante e incorregible, aquel Caballero de la triste figura que vaga de America a España y de España a América en busca siempre de molinos de viento contra quienes topar su vieja lanza defensora de nobles y generosos ideales.

Y el reflujo espiritual, el que nos viene de España, continúa como antes incesante, porque América no es sólo la tierra pródiga y el campo propicio a todas las actividades de la humana inteligencia, sino también fuente inagotable de enseñanzas y recuerdos espirituales. Aquí está México el de la civilización azteca, en su capital se juntaron Cortés y Moctezuma, es decir: dos hombres representativos de dos mundos y dos civilizaciones. Sobre aquellos montes y valles escribió Ercilla su ARAUCANA; y están allá los campos de Carabobo, de Junín y de Ayacucho... y cuando el alma extasiada ante la contemplación de tanto recuerdo vuelve en sí, ve en el horizonte la estela de las carabelas legendarias surcadas por los grandes trasatlánticos en que la humanidad sigue viniendo necesariamente hacia nosotros.

Pero que sean los españoles quienes nos hablen de las emociones que América les inspira, y que digan si su progreso visible responde o no a los viejos prestigios de España, y si el contingente intelectual y material de fuerzas nuevas que aporta la reconstrucción del viejo solar castellano, enfila o no las iniciativas de la raza al cumplimiento de sus futuros destinos.

Ahora es que comprendemos mejor que entre América y España hay algo imperecedero, algo que perdura por encima de nuestra voluntad y nuestra inteligencia; es el alma entera de la raza; es la ley de las afinidades que nos señala una vida común, interrumpida apenas un instante en el calendario de los siglos.

Hemos cometido muchos errores y los seguiremos cometiendo. Es que los hombres somos inferiores a los acontecimientos en los cuales sólo cumplimos el papel que éstos nos imponen. Pero, ¿a qué, sino a rectificar esos errores colectivos viene un nuevo estado de conciencia hispánica que nos está impulsando a restablecer la unidad material y espiritual de los pueblos de habla castellana? Nunca tanto como ahora parece necesario este mensaje de España, porque la armonía Latino Americana, que sólo ha existido en la fantasía de los poetas y los cultivadores del ideal ofrece en todas partes grandes motivos de inquietud. América nos inspira la idea de ser incapaz para abordar sus problemas locales, y con más razón para armonizar y resolver los problemas continentales tan varios como complejos. Pero quienes se dan cuenta de estas cosas, con fe evangélica nos hablan de una fiesta de la raza todos los años y una corriente de opinión que se establece insensiblemente, pero que se establece, va preparando un nuevo estado social de cosas que se dirige a darle vida efectiva, luminosa y razonable a los hombres del porvenir.

Que esta iniciativa noble y tendenciosa, no permanezca reducida al campo de las ideas fecundas que el verbo y la literatura exaltan en las esferas de la intelectualidad racial, sino que fructifique en el corazón de cada individuo en resoluciones de servir noblemente al país en el cual tuvo el privilegio irrenunciable de haber nacido.

Es desde este punto superior de vista que nos asociamos a este universal regocijo y que presentamos nuestro más fraternal saludo en esta fecha memorable a todos los pueblos de habla castellana.

LA VOZ DE LOS LECTORES

REPAROS

Señor Director del
REPERTORIO AMERICANO

MUY señor mío y amigo: En el reciente número de su docta Revista (26 del que acaba) aparece un «Mensaje de Miguel de Unamuno», a quien he de poner algunos reparos, o cataplasmas intercostales, cuidando mucho de sus costillas. Más que sofocado parece asmático y con amagos de pulmonía doble el insigne catedrático salamanquino. Brama contra España, sus cosas y sus hombres—desgobierno, escritores y simples leyentes de sus obras, que a veces no se pueden comprender sin vascuence—.

Que nuestro autor vasco es hombre de talla literaria, escritor de gran talento y fecundísimo, nadie puede negarlo; pero es un hecho, en cuerpo y alma, que sólo pueden tropezar los que corren y equivocarse quienes piensan... ¿Dónde ha de tropezar el lisiado; cómo errar el que jamás acierta? Yo, que firmo y afirmo ahora, también puedo equivocarme y caer, siempre con mi poquedad de pensar y correr. Todo es relativo, y no cayendo de alto, menor será el golpe: así como el error no escandaliza, siendo de humilde entendimiento... Pero vamos por partes en estos mis reparos de pecho.

1) El primer párrafo de Unamuno

parecerá bastante oscuro y enredado a cuantos lectores tengan buen oído para nuestra sonora y armoniosa lengua española. Ese enredo y durezas suena a laberinto de marineros cogidos de galerna en el cantábrico de Santander... (Para saber de galernas, puede consultarse a Núñez de Arce —*La Pesca*—y a Pereda en muchos de sus libros...) El «hombre de ayer», marinero de la Real Armada y tres vueltas alrededor del mundo, por poco se «ajuega», no pudiendo bracear con el escapulario del Carmen que se le enredó, no sé cómo, en uno y otro brazo al viejo lobo marino y creyente católico.

2) En este punto ya no es cosa de forma lo reparable, sino de fondo y de graves conceptos, donde el eximio autor del «Mensaje» se hace juez y parte respecto a un «fallo» (de justicia), que declara «injusto y anacrónico». Dice de «supuestas injurias al rey», siendo el propio acusado quien las califica... ¡Qué razonar de hombre! Cualquier vieja pudiera apelar de Unamuno después de su condena, a Miguel en ayunas. ¡Qué diantres de sabio desbocado!... Pues ¿no censura al juez que mandó a la cárcel un escritor que llamaba «mequetrefe» al rey?... También dice de todo un Presidente del Tribunal Supremo... que es «inteligente» en tauromaquia».

3) Aquí se desata contra la Reina madre, la ex-Regente y educadora de Alfonso XIII. Sólo este magisterio bastaría para tapar la boca a deslenguados. Mucho sentirán los admiradores de don Miguel, si son caballeros, las impertinencias y groserías de su mensaje. ¡Qué *The Times* escribió contra manejos de doña María Cristina (en tiempos de la Guerra...) No deja de explicarse lo de Austria con Alemania frente a los Aliados. Pero su acaloramiento le quita la reflexión al bueno de nuestro don Miguel de Unamuno, no siempre admirable—como creen tantos bocabierta de estas tierras indianas.

4) Ahora entra en consideraciones harto enredadas, sobre indultos—que «se salen de la costumbre»,—y acerca de otras salidas muy del gran pensador que no siempre sabe dónde tocan las campanas... Sabido es, por otra parte, que «el hambre es mala consejera» y, de cierto que también parece serlo el sofocón de las tres y cuatro varias causas, por no querer encauzarse río abajo y por derecho en la vida nacional de su país, bien o mal gobernado, pero más en caja que sus escandalosos detractores... «Se me condenó para indultarme», dice.

5) «Hay más aun»--empieza en este número,—y sigue acuerpándose con otros pecadores «de lesa majestad». Habla del Fiscal del Tribunal Supremo de España, diciendo que «es un desequilibrado al servicio de la camarilla hapsburguiana». La cual, afirma en su trastorno, que «está deshonrando a su patria». Pues, ¿qué otra cosa está haciendo Unamuno, sino «deshonrando a su patria»?... Leyendo ese Mensaje, puesto en esta mesa de disección, toda persona de buen sentido, sea o no amiga de España, puede ver claro si hay razón para repararlo y descuartizarlo.

6) ¡Válganos Dios por la conservadora inglesa *Saturday Review!* ¿Pues no coge y dice la buena vieja del «Sábado» — no sé si montada en un palo de escoba,—que «en España existe el último despotismo de Europa?»... Pero todo eso es nada, comparado con esto de don Miguel: «que la Biblia es un tejido de absurdos»... ¿Y este catedrático de Salamanca es un helenista, un humanista?... Un contracasticista es lo que es él, según su libro de antes casi tan erróneo y dislocado como su Mensaje de ahora, el cual sí que parece y es «un tejido de absurdos»... Y sigue con «los Tribunales de su patria a merced de Palacio».

7 y 8) Dice en un breve párrafo, que «habló con tiento» a sus corresponsales de la Argentina. ¡Cosa rara! Tiento y moderación en Unamuno, parecen dotes increíbles. No así sus propias alabanzas sobre extensión de lengua española por todo Sud América (que no Sur América, según quiere decir él)... Poco importa la ortografía, si se compara con esta desvergüenza: «hase sustituído (en España) «a la Constitución con la Inquisición». Y sigue «el poder judicial pervertido de servilidad»: ésta sí que es perversión del castellano... ¿Para qué acudir a barbarismos, donde, según él, sobra la servidumbre y están de más toda clase de esclavitudes?

9) Siente, por último, no poder ir en persona donde esos jóvenes argentinos, «por falta de recursos pecuniarios»...—¿Y tantos libros que ha escrito, no se venden?—¡Todo puede ser! Pero no, que él fuese a representar «a España», y el Rey, si fuese, «al Escorial». Todo el mundo civilizado sabe de don Alfonso: quién es y lo qué representa, en paz y en guerra y en el corazón de toda persona equilibrada, sea española, sea extranjera. Los argentinos educados (que no estudiantes de la cepa moderna), aprecian como deben al más simpático, ahora, entre todos los jefes de Estado.

Eso es, señor Director del Repertorio Americano, lo que me ocurre, y digo en compendio, del Mensaje unamúnico. No se me oculta que su autor tiene muchos devotos y, de repente brota el «Unamunismo», como novísima religión, con todo y su Meca y su Caaba, y peregrinaciones a porrillo, cuando alguien ha podido clamar en verso regular de forma: «Hoy casi nadie casi nada cree»... Porque así son las cosas en este buen tiempo de invenciones. Vea usted, amigo mío y mi señor, si esto que le digo es de publicarse, y si no, al canasto.

Val. F. Ferraz

San José, 30 de setiembre de 1921.



2) La vida de las plantas

POR JUAN J. CARAZO

LA GERMINACIÓN

No queremos hablar de la germinación repitiendo conceptos que en cualquier botánica se encuentran y que son simplemente exposición de lo que se *ve*, pero no de lo que puede existir invisible.

Hay que convenir en que, en los seres, hay dos puntos de vista: el de los ojos y el del cerebro.

Estudiar la vida de las plantas no es, en modo alguno, describir el aspecto de ellas, eso es rutinario y nada nos revela, sino tratar de ir al fondo, a comprender la razón de cada fenómeno.

La germinación no es tan simple como parece y como se explica, considerando la semilla como una *cosa* y diciendo que «bastan el calor y la humedad» para que un gérmen vegetal se convierta en planta.

En primer lugar «es probable que no sólo el calor y la humedad influyan» y que esté de por medio, como factor determinante, «el deseo o la necesidad de la semilla».

En muchos casos la germinación se apresura y en otros (Ob. I) se retarda.

Hay también algunos puntos oscuros y que son gigantescas interrogaciones: ¿Qué es un germen? ¿Por qué en ciertos casos (azucena, p. ej.) cualquier pedacito es capaz de producir una planta?

¿Dónde está, en esos casos, el gérmen?

Con la azucena hemos venido haciendo experiencias desde hace 7 años y cada vez nos sorprende una nueva cosa.

Tenemos un capítulo dedicado a ella.

Ob. I.—La «escobilla», mala hierba de nuestros campos, muy conocida, produce gran cantidad de semillas que germinan rápidamente. (Esta es una característica de las plantas perseguidas).

Hace ocho meses enterramos mucha escobilla con semilla a punto de germinar, pero quedó tan cubierta que no era posible a las plantitas salir.

Las semillas lo sabían y «como no había la condición propicia», aunque sobra de calor y de humedad sí había, las semillas no germinaron, pero, y nótese la importancia de este fenómeno, *8 meses* después se descubrieron y cuando ya toda la yerba estaba convertida en humus y no había ni restos de las escobillas madres, al presentarse la condición que faltaba, las semillas germinaron inmediatamente.

Dos preguntas nos hacemos: ¿Por qué no intentaron germinar y perecieron cuando se enterraron?

¿Qué hicieron esas semillas durante 8 meses sepultadas?

Ob. II.—Si las semillas no pudieran defenderse de sus enemigos naturales, los insectos, es indudable que desaparecerían, pero hay algo a lo que no se ha dado la importancia que tiene y es que la semilla transforma su «sustancia» cuando va a germinar, para librarse de los ataques externos.

Ob. III.—Observando los manglares no puede uno menos de sorprenderse al ver la «inteligencia» de la semilla. Están pendientes del árbol en forma de «torpedos» y cuando las condiciones son propicias se desprenden y quedan sembradas. Esto parece una simple adaptación al medio, pero aunque así fuera, no cabe duda que para adaptarse es necesario conocer las condiciones a que debe hacerse esa adaptación y esto es inteligencia o por lo menos instinto.

Ob. IV.—Una vez observando los cocales (en compañía del Profesor don Omar Dengo y algunas otras personas amigas) les hice notar la posición particular de las plantas jóvenes «inclinadas hacia el mar».

No es una casualidad esto de que todas las «pipas» caigan en igual o semejante posición; creemos que hay alguna razón ignorada.

El caso es que si la planta principia a crecer inclinada a favor del viento, éste las vuelca y las hace perecer, pero resulta que todas o una gran mayoría de semillas, caen en la posición propicia naciendo (las plantas) inclinadas *contra* el viento y sostenidas por el peso de la misma semilla.

Ob. V.—Todos han visto germinar una semilla (frijol, maíz, etc.) en la semioscuridad de un rincón y han visto al tallo dirigirse, decididamente, a una grieta o agujero *buscando* la luz.

Buscar la luz no es *saber donde está la luz*.

Un tallo de papa ha alcanzado un metro de largo antes de salir a la claridad y se puede preguntar:

¿Por qué insistió durante tantos días hasta salir?

Ob. VI.—Se acepta que «cuando las semillas están completamente maduras, germinan», pero hay casos de germinación precipitada, motivada por algún peligro. En las leguminosas se puede constatar.

Ob. VII.—En el coco y casi todas las nueces el tallo sale por una parte que «ha quedado» algo suave pero siempre es dura, relativamente, y no se explica uno la razón que puede haber para que el tallo no se equivoque y busque la salida por donde no es posible.

Ob. VIII.—Hay muchas semillas que se sirven del hombre y de los animales para caminar y es muy curiosa la insistencia de algunas de ellas que se adhieren a la ropa o al pelo, para ser transportadas. Lo curioso es que se pegan cuando quieren, pues muchas veces andando entre ellas sale uno limpio y otras, con solo pasar, aunque sea rápidamente, sale realmente cubierto.

Ob. IX.—Algunos insectos, cuando uno los va a apresar, saltan con una rapidez asombrosa. (Pulgas, chinches, *vaguillas*, etc.)

Esos insectos ofrecen una gran semejanza con ciertas semillas.

Entre las malas hierbas, hay algunas que tienen mucha semilla en cada cápsula y nada notable se ve mientras no sientan peligro, pero si el hombre o un animal las toca, estalla la cápsula violentamente y todas las semillas vuelan.

No estalla por gusto, sino como un medio de defensa.

Ob. X.—Por último, en esta insignificante serie de observaciones, es curioso que los medios de que se valen las semillas para *irse* sean tan diversos y si todo esto no estuviera regido por alguna fuerza, que desconocemos, no sería así sino en la forma contraria: todas las semillas seguirían idéntico procedimiento, como piedras o guijarros, y caerían para rodar o ser arrastradas por el agua.

Algunas vuelan, otras estallan, otras navegan, otras se adhieren a los animales y otras viajan en el estómago (de personas o animales) sin morir, para germinar al ser depuestas. (Este procedimiento es corriente entre animales también).

En cada capítulo pondremos solo unas pocas observaciones que consideramos fundamentales por alguna razón, que en el curso de la exposición se verá, pero hacemos notar que son miles de observaciones semejantes las que pueden hacerse en cada caso.

Nuestro propósito al abrir al estudio

y a la investigación este tópico «La vida de las plantas», no es sentar conclusiones, que serían falsas, sino sugerir, para que en cooperación se llegue alguna vez a comprender la majestad de las maravillas de la vida vegetal.

Se habla en agricultura de selección, de poder germinativo, de degeneración, de un modo rutinario, como si las semillas fueran piedras o granos muertos y son, por el contrario, granos vivos, que respiran, que crecen y que deben tener secretas inquietudes.

Esto no es ni palabrería ni locura: ponga cualquiera una simiente en la tierra y observe la fuerza con que rompe las envolturas y la alegría con que al brotar mira, la pequeña planta, el sol.

Muy pocas personas piensan que las semillas que tienen en la mano alguna vez son huevecillos y que a pesar de la quietud, palpita en el germen la *vida*.

Alguna vez, por asfixia o por otras causas, las semillas pierden su poder germinativo y no puede el mejor observador a ojo simple o con microscopio, determinar que fué lo que pasó a la semilla que ya no puede germinar.

El poder germinativo es la vida y ésta no aparece visible al analizar la semilla.

Hemos observado semillas muertas, a la par de las vivas, y son iguales para el ojo y no son iguales en realidad, porque una carece de la fuerza ignorada y misteriosa que la hará convertirse en planta.

¿Cuál es esa fuerza?

¿Qué es lo que determina el poder germinativo de una semilla?

Nuestro próximo escrito versará sobre la inteligencia de las plantas (o instinto, como quiera llamarse, que es igual).

Las plantas saben lo que hacen, y creer lo contrario es poner de manifiesto la gran incomprensión humana.

3) Nutrición nitrogenada de los vegetales

POR EL DR. CARLOS THEYE
Profesor de Química

Catalisis.—Se ha tratado de ver en esos fenómenos una acción catalítica y se ha dicho que probablemente los protoplasmas de las plantas superiores favorecen la combinación del nitrógeno atmosférico con el hidrógeno naciente que se desprende en las síntesis realizada por la planta. Berthelot se ocupó mucho de ello. Frank dice que la ganancia en nitrógeno en los suelos esterilizados y sin bacteria se debe a las reglas que en mayor o menor número allí se encuentran.

Auximonas.—Ellas constituyen la nueva teoría sobre la fijación del nitrógeno atmosférico; su naturaleza y su composición son desconocidas, lo mismo que ocurre con las vitaminas, pero se distinguen de éstas por su mayor resistencia al calor.

Bibliografía de las auximonas:

Battomey.—Proceedings of the Royal Society of London, tomo 610, pág. 102-108; tomo 621, pág. 480.

Florence Mockeridge.—Proceedings of the Royal Society of London, tomo 621, pág. 508.

En esas publicaciones puede verse todo lo investigado hasta hoy con respecto a las auximonas.

La Dra. Eva Mameli que cita el conferencista, es la Profesora Dra. Eva Mameli de Calvino que desde el mes de diciembre 1920 es Jefe del Departamento de Botánica en la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas. Esos importantes trabajos suyos sobre la asimilación del nitrógeno atmosférico en los vegetales fueron realizados en 1909 y 1911 en colaboración con el Prof. Gino Pollacci. Ya la influencia de su poderosa intelectualidad se ha manifestado en los estudios anatómicos y fisiológicos sobre la caña de azúcar en Cuba, y empieza de ese modo a laborar, en cooperación con el ilustre Dr. Mario Calvino, por el engrandecimiento agrícola de nuestro país.

(Revista de la Facultad de Letras y Ciencias. Habana).

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.